

MIRLO BLANCO,
PALOMAS NEGRAS

L. J. Pruneda

MIRLO BLANCO,
PALOMAS NEGRAS



Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© L. J. Pruneda

ISBN: 979-13-990968-8-0

ISBN digital: 979-13-990968-9-7

Depósito legal: M-25487-2026

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

*Dedicada a mi hijo Noel, que me enseñó
que los mundos escondidos existen
y basta una mirada suya para abrirlos*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

LA MUERTE ENTRE ERMITAS

¿Dónde acaba la fe y comienza el fanatismo?

¿Cuántos pequeños infiernos caben en un paraíso natural a la sombra de la asturiana Sierra de Peñamayor?

¿Quien se cree iluminado, necesita ver arder a los demás?

Estas son solo algunas de las preguntas que provoca esta novela en la que la música de fondo, atemporal pop español en la mayoría de los casos, pone una banda sonora de ligera banalidad al truculento accionar de un asesino en serie que pertenece a la más peligrosa de la variedades: la de los que se creen cumpliendo una misión divina.

En un paisaje bucólico y salpicado de capillas y ermitas con nombres resonantes, van apareciendo las víctimas, casi siempre mujeres, pecadoras, «palomas negras», según la visión distorsionada del matador, borrosa de salmos, rezos y versículos. Mujeres jóvenes que ejercen su vida y su libertad, cercenadas por alguien que se cree en posición del derecho divino de repartir la muerte.

Tras su pista, otra mujer.

Pero no está indefensa como sus víctimas.

Eva Morales, desde hacer tres años al frente de la Unidad Orgánica de Policía Judicial de Gijón, es infatigable cuando se trata de resolver un crimen. Lo atestigua su envidiable porcentaje de éxitos: nueve de cada diez casos de los que se ha encargado fueron resueltos positivamente. Esta vez tendrá que echar mano de toda

su sagacidad para intentar frenar la sangría y detener el responsable, un escurridizo *Mirlo blanco* que parece ir siempre varios pasos por delante.

Espejos enfrentados

En esta novela de L. J. Pruneda, escrita con una prosa particular y una musicalidad paralela a la de las canciones que suenan de fondo en muchos momentos, no es tan terrible la violencia de las muertes, como la premeditación y la terrible certeza de quien la administra. Un tipo de asesino serial cuyo accionar parecería más propio de una gran ciudad y, sin embargo, usa en su favor el ritmo y la sencillez de la vida lejos de la metrópoli.

Hay en él una locura que atemoriza porque se antoja contagiosa.

Y la impunidad con la que perpetra sus crímenes refuerza su convicción de sentirse elegido.

Una novela en la que por momentos se siente el lector dentro de una galería de espejos enfrentados, en la que resulta difícil saber cuál de las imágenes es real y cual una máscara tras la que puede esconderse la muerte. Porque la verdad, como advierte el texto, suele ser esquiva:

La verdad rara vez se muestra donde uno la espera. Se esconde en lo cotidiano, en los rincones sin nombre, en el gesto más trivial.

No grita.

No se impone.

Solo aguarda escondida en silencio, disfrazada de sombra o de rutina, paciente como un animal herido.

En los últimos años, ha tenido lugar un desarrollo de lo que se ha dado en denominar *rural noir* o *country noir*. Novelas negras que, a diferencia de las clásicas historias enigma de origen inglés que tam-

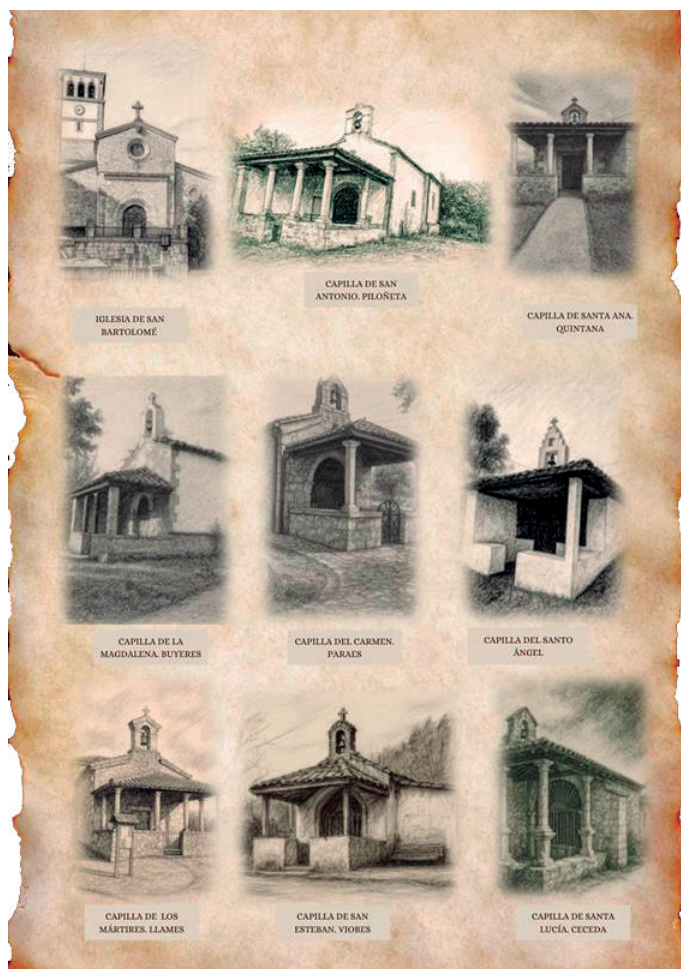
bién transcurrían en el campo, tiene toda la crudeza que demanda el género, mientras mantienen el misterio que hace que quien lee quiera llegar al final a pesar del horror.

Y consiguen lo más difícil: que uno termine el libro con la intriga resuelta, pero un montón de preguntas sobre la vida, la locura, la cordura, y la muerte, que siguen resonando en la mente mucho tiempo después de haber devuelto el libro a su lugar en la biblioteca.

A ese tipo de novelas pertenece *Mirlo blanco, palomas negras*.

CARLOS SALEM

CAPILLAS QUE TRAZAN EL MAPA SECRETO DE LA NOVELA



Ermitas.

Altars.

En el valle de Nava, donde la perpetua sombra de la sierra de Peñamayor se extiende como un manto de misterio, existen numerosas capillas que se encuentran diseminadas entre la niebla, las casas y la espesura palpitante de los bosques. Pequeños santuarios de piedra que parecen no haber sido contruidos por manos humanas, sino por el propio latido de la tierra. En cada uno de estos lugares olvidados por el tiempo, pero no por la memoria de los vivos, se guardan promesas rotas y secretos que no se atreven a aflorar.

Templos.

Guardianes.

Entre sus muros está encerrada algo más que la memoria de los pueblos; cada santo allí adorado conoce bien el precio de la redención o el castigo. Quizá sea esa mezcla de lo divino y lo terrenal lo que hace de estas tierras un lugar donde lo sagrado se enfrenta a lo siniestro, donde el misterio acecha y la muerte guarda la esperanza de un nuevo principio.

Palomas negras.

Mirlo blanco.

Son esas capillas las que vigilan el paso de los días, las que susurran a los vientos que serpentean por los prados y las que a veces ocultan algo más que lo divino. Bajo sus techos de teja y madera gastada, la sombra de las viejas cruces oculta historias que nadie

se atreve a contar. El eco de un grito ahogado, el brillo de la aguja de una jeringuilla bajo la luna o el crujir de un cuerpo rodeado de flores sobre la tierra, todo ello ha quedado atrapado entre sus muros esperando que alguien, tal vez un alma perdida, se atreva a desvelarlo.

Secretos.

Misterio.

Es aquí donde los muertos tienen todo el tiempo del otro mundo para esperar.

La mano de Jehová vino sobre mí y me llevó en su Espíritu, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasar cerca de ellos por todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, por cierto, secos en gran manera.

Me dijo: «Hijo de hombre... ¿vivirán estos huesos?».

Y respondí: «Señor Jehová, tú lo sabes».

EZEQUIEL, 37:1-3

La historia de los villanos
es mucho más entretenida que la de los héroes,
porque los monstruos no nacen,
son creados.

FLEUR DUPONT

Las sombras del atardecer descenden desde la sierra de Peñamayor, extendiéndose por todo el valle de la Puente Arriba. El firmamento se deshace en un vino de fuego y calma; la tarde, cálida y embriagadora, exhala su último suspiro sobre los tejados. Pronto, las estrellas romperán el silencio.

Los más jóvenes abandonan sus obligaciones y se reúnen para jugar. Él no.

Él contempla desde la ventana con resignación. Lo hace con ansia contenida y también con las ilusiones frustradas colgando como estalactitas de sus pensamientos.

«Ven, vamos a rezar el rosario», ordena la mujer.

Un silencio flota solo un instante en la habitación. El niño, llevando sobre los hombros el peso de la sumisión, abandona su lugar para sentarse al lado de su madre.

Resignación.

Desilusión contenida.

Durante los siguientes veinte minutos ella reza en latín, mientras sus huesudos dedos se desplazan sobre las cuentas del rosario.

Sancta Maria, ora pro nobis

Sancta Dei Génitrix, ora pro nobis

Sancta Virgo virginum, ora pro nobis...

El niño imita sus palabras.

A sus ocho años, solo desea que la oración se acabe pronto y poder salir a jugar con los demás.

«Oremus: Concéde nos fámulos tuos, quaésumus, Dómine Deus, perpétua mentis et córporis sanitáte gaudére; et gloriosa Beatae Mariæ semper Vírginis intercessióne, a praesénti liberári tristítia, et aéterna pérfrui laetítia. Per Christum Dóminum nostrum. Amén», dice la mujer mientras se santigua tres veces de forma compulsiva.

El chaval deja que su mirada inquieta se pierda una vez más a través de la ventana. Con la tristeza pegada a la piel y el corazón implorando libertad para marchar, escucha el griterío de los de su edad corriendo detrás de la pelota.

En silencio, mira a su madre, esperando el consentimiento para salir a la calle.

El permiso no llega.

En su cabeza se escuchan los gritos del silencio y la frustración.

Otro día sin jugar.

Otro día de soledad.

Otro día en el que la diferencia y la indiferencia dejarán una huella cruel en sus recuerdos.

La mujer guarda el libro de salmos. También el rosario en el interior de una vieja caja de puros y, arrastrando los pies, dirige sus pasos a la cocina acariciando el colgante con forma de «ojo de Dios» que luce sobre su pecho.

Con los ojos nublados, impone.

«Hijo, ve a lavarte las manos».

Él aprieta los labios permitiendo que asome en su rostro un amago de llanto. A continuación guarda las ilusiones en el cajón de sus fracasos y cierra a su espalda la puerta del baño.

Un día más llegará la noche.

Un día más se quedará a solas con su madre.

Un día más.

PRIMERA PARTE

Encallarse en la rabia y el odio,
es como aguantar una brasa en la boca
esperando poder escupirla a alguien.
Quien se acaba quemando eres tú.
SHAKYAMUNI BUDA

I.

¿De qué color es el silencio?

Incertidumbres.

Certezas.

Pensamientos.

Hay quienes no nacen, simplemente descienden. Como una orden sellada por los dioses, como una herida latente que se abre justo donde la piel parecía curada.

Él lo sabe.

Siempre lo ha sabido.

Entre la claridad del cielo y la sombra del corazón, algo se rompe.

Suspira, no por duda, sino por cansancio. Asiente con apenas un movimiento de cabeza, en un gesto firme que parece llevar siglos ensayando.

La decisión está tomada.

No queda más tiempo. No hay margen para la piedad ni para el miedo. La llamada ha sonado y es sagrada.

«Mamá... No sé qué pensarás de mí después de esto, pero lo tengo claro; voy a matarlos».

II.

¿Sabes dónde habita la inocencia?

Algo cambió en el aire antes de que abriera los ojos. No fue la luz quien lo despertó, sino un presentimiento.

El espejo no le devuelve un reflejo, sino una canción. Por un instante, juraría que su reflejo ha parpadeado antes que él.

Se encoge de hombros; el alba le pesa, y las decisiones todavía duermen.

Escucha la música durante unos segundos antes de quitarse los auriculares. Nunca le ha gustado decidir en silencio. Hoy, *Hijo de la luna* de Mecano envuelve la estancia como un velo. La melodía es dulce, sin embargo bajo ella se esconde la sentencia.

Piensa.

Sí, le gusta pensar que su letra es un reflejo de sí mismo, de su infancia, de su madre. Por ello le ha dado su propia versión convirtiéndolo en una parte apócrifa de su evangelio personal.

*Una madre pidió al cielo
que su hijo no naciera igual,
que viera más allá del mundo,
que oyera lo que calla el mal.*

*El cielo, en voz muy baja,
le ofreció lo que no da:
un hijo sin sombra en los ojos,
un niño sin padre ni bogar.*

*Lo crió la noche cerrada,
lo durmió el silencio sin fe,
y la luna le dio una cuna
que ninguno podía mecer.*

*Dicen que aún vaga en los templos,
con la sangre marcada en la sien,
preguntando quién fue su padre...
y por qué no lo quiso ver.*

Respira profundamente.

Mira a su alrededor: naturaleza, vacas, buitres en el cielo, caballos y ni un ser humano.

Solo.

Desde niño, su madre le enseñó que es mejor la calma de la soledad que la decepción de las malas compañías.

No.

Niega con un gesto sutil antes de sacudir los hombros, como si así pudiera disipar el silencio que ensombrece el momento.

Se siente joven y viejo al mismo tiempo, parece que llevara siglos atrapado en una carne que no acaba de ser suya. Siempre ha sido así: una presencia flotante, un alma a la deriva en los márgenes difusos del tiempo, donde la edad ya no es un número, sino una sensación mal calibrada.

Las dudas sobre el paso del tiempo y sus espacios nunca le han quitado el sueño. Hoy, en este instante decisivo de su vida, este concepto de la física carece de toda importancia. Sabe que tiene una misión mucho más trascendental que cumplir. Aun así regresa al espejo, a esa superficie pulida que no devuelve verdades, solo la imagen muda de alguien que ya no sabe quién es. Lo observa profundamente en su silencio de cristal, como si supiera algo que nunca va a decirle.

—¿Seré para los demás quien creo que soy? —murmura, atrapado entre lo que ve y lo que teme que vean.

Finge desdén hacia la opinión ajena, aunque hay una guerra secreta en su interior cada vez que el espejo lo interroga. Se encoge de hombros mientras observa el reflejo de un hombre de expresión serena, tez cándida y ropa juvenil.

«Madre solía decir que mi piel es blanca y suave, como si temiera que el tiempo me la arrebatará. Tal vez por eso yo me veo así... Si bien hay días en los que siento que el reflejo parece esconderme algo. Veo un ligero temblor en la mirada, algo imposible de nombrar, como si detrás del cristal alguien más estuviera aprendiendo a imitarme».

Mientras su mente deambula por los umbrales de la duda, lanza un suspiro largo, muy largo. Lo hace a menudo, especialmente cuando las emociones negativas como la tristeza o la desesperación, se agolpan en su pecho y quedan adheridas a las paredes de su alma. Hace tiempo, un médico le explicó que suspirar así es una respuesta natural del cuerpo ante el estrés y la ansiedad.

«El psiquiatra también me dijo que podría ser un indicador de que sufro algún problema depresivo. Pero yo no lo creo. Está equivocado. Me encuentro bien y muy cómodo siendo como soy. Los suspiros solo me ayudan a coordinar mi respiración, es mi forma de ser. Así que está decidido... ¡nunca más volveré a su consulta! Total... para que me cobre una fortuna por decirme que suspiro demasiado, prefiero seguir suspirando gratis».

Sacude los hombros para reafirmar la decisión. Lo hace con gestos lentos que transmiten una paz que su mundo interior es incapaz de sentir.

Toma un libro entre sus dedos.

Pasa con delicadeza las hojas.

Cada día se alimenta de pasajes bíblicos, de liturgias ajenas, de voces sagradas sin firma. No busca fe, busca forma. Lo que importa no es el origen del texto, sino cómo resuena en su cabeza. Lo hace como un mantra que lo ancla, una cuerda tensa que evita que la realidad se le escape de las manos. A veces repite las palabras sin pensar, solo para oír su propio aliento ordenando el caos. Otras,

las saborea con lentitud, como si en cada sílaba se escondiera un secreto capaz de sostenerlo un poco más. Es su modo de no caer, de seguir sintiendo que hay un ritmo, una estructura, un sentido posible en medio de tanto ruido. Las frases sagradas lo atan al mundo: no por devoción, sino por necesidad.

Son sus formas para evitar perderse del todo.

«Leo, leo y leo... y siempre me acompaña la maldita sensación de que el demonio está presente en todas partes. Él, con su fuerza maligna, terminará ganando la partida de la vida si no reaccionamos a tiempo. El mundo está perdiendo sus valores, los referentes, la pureza y a diario comulgan con el mal —especula mientras se frota los ojos—. La lectura de *El destino de los malos* me hace tomar conciencia de lo que sucede —entrecierra los párpados y se forman ligeras arrugas a su alrededor—. Observo cómo la gente pasa minutos, horas, mirando absortos la pantalla del maldito móvil, o malgastan la vida enfrascados en sus propios pensamientos, en sus problemas, y se mueven deambulando como seres perdidos. No se dan cuenta de que, si vivimos como autómatas, seremos ciegos a las huellas que la Divinidad nos va dejando a través de sus *Escrituras*, esas huellas que son como las piedrecitas que Hansel y Gretel tiraban al suelo con la esperanza de no perderse».

Frunce el ceño. Percibe que algo arde dentro, como un incendio contenido tras el esternón, esperando la mínima grieta para devorarlo todo.

—¡Malditos... malditos seáis! —escupe con rabia contenida—. De solo pensarlo se me eriza la piel, el aire se congela en el umbral de mi boca y los pulmones, exhaustos, me hacen palidecer como un muerto que aún respira —niega con violencia, agitando la cabeza—. ¡Malditos todos! ¿Por qué no hacéis nada? ¿Por qué dejáis que esto continúe? Habéis conseguido que, aunque estemos en junio y la temperatura sea amable, mi cuerpo tiemble de frío. Esta niebla gris que se cuela por las rendijas, esta humedad que empapa las mañanas... no es otra cosa que el mal que nos ronda.

Suspira con fuerza.

En el arrebato de furia, un hilo de saliva, blanco, burbujeante, queda colgando entre sus labios. Frunce el ceño molesto y se limpia con el dorso de la mano.

Por un instante recuerda el consejo del psiquiatra. Cierra los ojos, respira como le enseñaron... y se encoge de hombros, intentando sacudirse el peso de algo que no entiende del todo. Total... ¿qué sabrá un psiquiatra de suspiros que vienen de tan lejos?

Recita en voz alta el *Salmo de Asaf*.

«Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día y castigado todas las mañanas. Si dijera yo... Hablaré como ellos, he aquí que, a la generación de tus hijos, engañaría. Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que, entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos».

Sus dedos, finos y delicados como los de un pianista, danzan con ternura sobre las hojas envejecidas del antiguo libro de salmos que le regaló su madre.

Inspira profundamente al evocarla.

«Como dice el proverbio... “Ella cuando habla, lo hace con sabiduría; cuando instruye, lo hace con amor”... Así era madre. No necesitaba alzar la voz para que el mundo obedeciera; bastaba con que hablara».

Espira.

Se relaja y continúa leyendo con un ligero temblor en sus pulgares.

«Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Porque no tienen congojas por su muerte, pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros mortales ni son azotados como los demás hombres. Por tanto, la soberbia los corona; se cubren vestidos de violencia. Los ojos se les saltan de gordura; logran con creces los antojos del corazón. Se mofan y hablan con maldad de hacer violencia; hablan con altanería. Ponen su boca contra el cielo y su lengua pasea la tierra».

Con parte de un nuevo hilo de saliva suspendido entre los labios, balbucea con orgullo, como si no notara el desorden de su cuerpo, solo la claridad de su intención.

«Sí, mamá... ya no hay marcha atrás. Cumpliré la misión que Dios me confió, aunque la sangre llegue al cuello, aunque nadie me entienda. Esto no es locura. Es destino. Y yo no pienso esconderme más —deja la mirada perdida en un horizonte que no existe—. Lo haré por ti, mamá. Lo haré por mí. Velaré por todos, seré todo aquello que tú quisiste que fuera. Seré ángel y seré hombre. Seré rey y esclavo. Seré un mirlo blanco rodeado de palomas negras... Seré el guardián de la inocencia».

Una sonrisa angelical se dibuja en su rostro y por un instante sus pupilas parpadean con una luz casi inocente. Asiente con la calma de quien ha hecho las paces con algo oscuro. Ha llegado a esa conclusión sin saber que al hacerlo ha sellado para siempre su destino.

No, ya no volverá a ser quien fue.

Convivir con el monstruo que durante años habitó su pecho fue una lucha silenciosa. Pero ahora... ahora va a soltar la cadena. Lo dejará caminar entre los hombres, bajo la luz del día, sin máscaras. Y sabe que eso será su obra maestra. Su creación más temida.